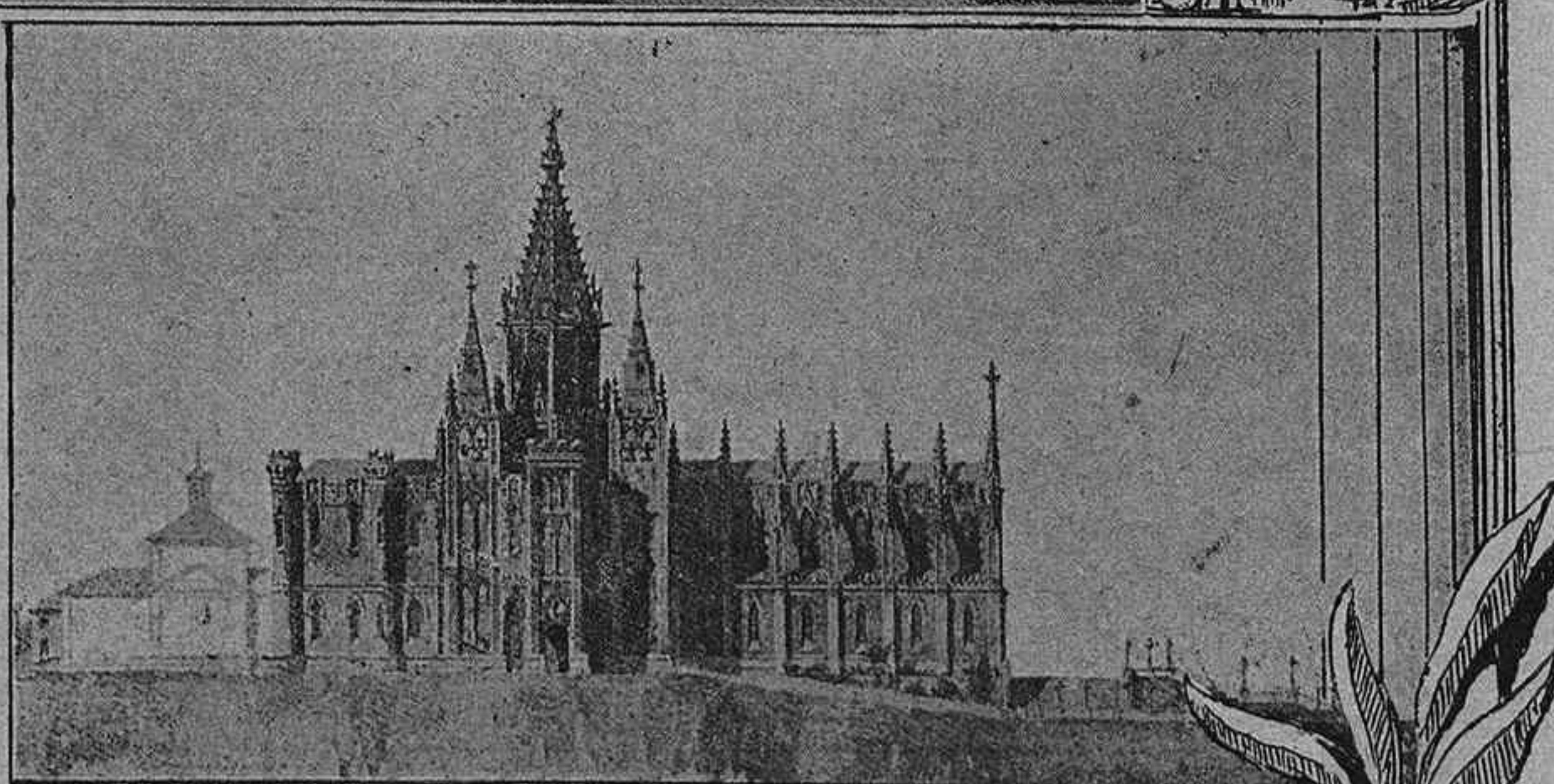




Basílica Leonesa



15 Noviembre, 1901

Núm. 50

SUMARIO

- I.—*El Psicologismo de Santa Teresa*, Moisés S. Barrado.
- II.—*Santa Teresa de Jesús y el Rosario* (B. E. de Sevilla).
- III.—*A Santa Teresa de Jesús* (poesía), Francisco Jiménez Campaña.
- IV.—*Los confesores de Santa Teresa*, Fernando García Escribano.
- V.—*Del Padre nuestro*.
- VI.—*En Vallesa de la Guareña*, Mariano D. Berrueta.
- VII.—*Crónica*.
- VIII.—*Donativos para las obras de la Basílica Teresiana*.

GRABADOS

- I.—R. P. Francisco Jiménez Campaña, de las Escuelas Pías, autor del *Roman-cero de Santa Teresa*.
- II.—*En la primera hilada del zócalo de la Basílica*.
- III.—*Grupo de la peregrinación de la Comunidad y Colegio de Siervas de San José* (17 Octubre, 1901).
- IV.—*Grupo de obreros trabajando en las obras de la Basílica*.



NÚM. 50

Salamanca 15 de Noviembre de 1901

AÑO V

EL PSICOLOGISMO DE SANTA TERESA

EL ALMA Y LA CONTEMPLACIÓN

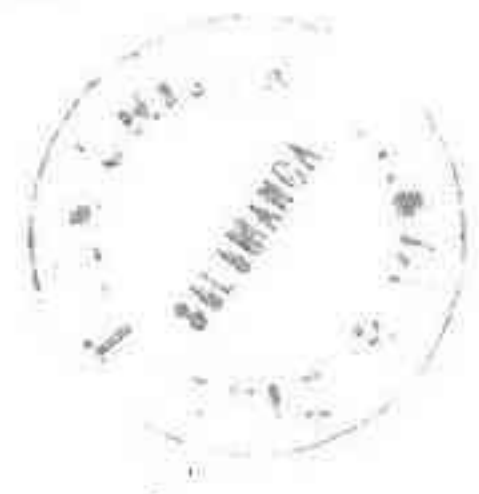
II

HAY tres momentos capitales en la vida mística (bien caracterizados están en la teoría de las *Moradas*, y en otra ocasión volveremos sobre ello); *contemplación*, *éxtasis* y *unión*, que corresponden á los tres grandes síntesis de la filosofía, substancia, espíritu, Dios.

En el primer momento el alma se encuentra á sí misma, en el segundo se lanza en persecución del ideal, en el tercero se abraza con él.

El primer momento comprende lo que Santa Teresa llama contemplación, oración de recogimiento, de quietud, suspensión de las potencias.

Es el resultado, el término y el coronamiento del ascetismo, de la meditación árdua, fragmentaria, trabajosa, ese aprendizaje duro de la vida interior, tantear en el vacío, roturamiento de un erial inculto y baldío, arañar en la roca es-



carpada del corazón, tedio, desfallecimiento, sequedad, el alma derramada en el tumulto y tráfago exterior, va recogiendo á duras penas. Pero llega un momento en que se reconcentra, se recoge, se repliega en el silencio que produce el desasimiento de todo lo exterior, preparando la invasión del ideal en nuestra vida.

Es el estado que con alta poesía simboliza la Santa en el estanque, que sin necesidad de mecanismo, de molestos arcauces, se va llenando con las aguas vivas de la gracia, que de su fondo manan sin ruido, mansamente. Es el silbo dulcísimo y penetrante del divino Pastor, que llama y arrastra el alma al interior del castillo. Es el gusano de seda, que se envuelve en el capullo, que de su misma substancia va tegiendo, donde se metamorfosea, y sale convertido en ligera y blanca crisálida.

Es la contemplación en la vida interior, lo que la intuición genial en la ciencia, lo que la inspiración en el arte. Es el dominio perfecto de nuestras facultades, es en el entendimiento ver de pronto las relaciones y las causas sin necesidad de largos discursos. Es en la voluntad no necesitar otro estímulo para obrar el bien, que el bien mismo, el placer de lo justo. Es en el sentimiento el vibrar sonoro y armónico de la máquina toda de nuestra actividad, es palpar de entusiasmo, de gratitud, de amor al menor impulso. ¡Dichoso estado, á que sólo llegan las almas grandes, valientes, generosas, abnegadas! No es que en la contemplación dejen de obrar nuestras facultades; es que obran con tal suavidad, que no se las siente, es que se funden las notas todas en un acorde sutil y penetrante, es que se adelgazan, se esfuman en las lontananzas de lo infinito.

Pero ¡ah! que para llegar á ese estado en que baste el más ligero impulso para remover con poderosos toques nuestras facultades, hay que haber vivido mucho, hay que haber devorado amarguras, ansiedades, dudas, decepciones. No hay otro camino para conocerse el alma á sí misma más que la experiencia larga y solitaria.

La conciencia es el ir y venir de los fenómenos, sensaciones, impulsos de movimiento, representaciones, ideas, emociones, sentimientos, que se suceden, se empujan, se despiertan y desgastan y se funden unos con otros.

Sólo las almas pensadoras con el hábito de la reflexión y de la atención concentrada, logran imponerse y hacer alto en ese mar hirviente y tempestuoso de la conciencia. La gran aspiración de todo sér que llega á darse cuenta de que existe, es imponerse al medio que le rodea. La idea de substancia representa el esfuerzo de la originalidad del sér, enfrente del encadenamiento fatal y continuidad causal de los fenómenos; es el triunfo y la afirmación de la personalidad, enfrente de la inconstancia, movilidad y relativismo de la vida consciente.

Es el *yo* que se constituye en centro y en núcleo del mundo exterior, el troquel en que se vacía y modela la plasticidad infinitamente dúctil de la conciencia. ¿Qué es lo que enlaza, lo que relaciona unos actos con los otros? ¿Hay algo que sobreviva á todas las mudanzas, algo fijo, inmutable, indivisible, simple, inmaterial, que determine todo el flujo y sucesión de la vida psíquica, algo substancial, del que todo lo demás no sea más que accidente ó modificación? ¿Qué es ese algo que establece la unidad en medio de tanta diversidad, la firmeza en medio de la contingencia efímera y deleznable?

¿Es todo ilusión, apariencia, vanidad, ó hay algo real, absoluto, necesario en nosotros? ¿Los demás séres que nos rodean, el mundo exterior, las impresiones, las apariencias sensibles son una continuación, una proyección del *yo*? ¿El flujo del tiempo y la coexistencia del espacio, son acaso momentos y fases diferentes de una realidad única?

Hé ahí el gran problema, en que están contenidos todos los demás, la causalidad, la espiritualidad, la objetividad del pensamiento, la libertad, la realidad de Dios. La idea de substancia, el problema de todos los tiempos, siempre el mismo sobre el que ha girado la variedad inmensa de sistemas filosóficos, sólo que la filosofía moderna, al colocarse en el punto de vista experimental, ha dado á ese problema una expresión más real y práctica.

Y no se me diga que todo esto que yo digo es ajeno por

completo á Santa Teresa. Nada más lejos de la verdad; todo esto palpita en sus meditaciones, solo que ella lo da un color religioso, lo ordena todo á la pureza y santidad del alma.

Por lo demás, no hay diferencia alguna, es el mismo problema de siempre, planteado con distinta finalidad. El moralista, el pensador, el místico y el poeta son una misma cosa en realidad, todos se proponen resolver el problema de la vida, ahora que con distinto tecnicismo, expresión y forma.

¿Y cuál es la solución que da al problema la maravillosa Doctora?

Ella nos lo dirá con su estilo propio, nervioso, gráfico, realista, con el realismo eterno y sano, propio de los grandes escritores, que no se pierde en vaguedades eruditas é incoloras, sino que traducen las ideas en hechos y sentimientos.

“Estamos pensando qué es el mundo, y cómo se acaba todo para menospreciarlo, y casi sin entendernos nos hallamos metidos en cosas que amamos de él, y deseándolas huir, por lo menos nos estorba un poco pensar cómo fué y cómo será, y qué hice y qué haré. No porque esto se ha de dejar, más háse de temer: es menester no ir descuidados. Acá lleva este cuidado el mismo Señor, que no quiere fiarnos de nosotros: tiene en tanto nuestra alma, que no la deja meter en cosas que la puedan dañar por aquel tiempo, que quiere favorecerla, sino pónela de presto junto cabe sí y muéstrale en un punto más verdades, y dála más claro conocimiento de lo que es todo, que acá pudiéramos tener en muchos años.”

La fe, á más de introducirnos en los dominios de la religión, tiene también sus vistas á la ciencia. Es la flor de la vida, de la actividad, del pensamiento, es la penumbra en que viene á perderse la ciencia.

La fe es el alma de esa filosofía, que es la única verdadera, que tiene por campo las esferas todas de la ciencia, sin la que sería un vasto cadáver la enciclopedia del saber.

La fe empieza allí donde termina la demostración, lo que recoge todos los datos, hechos, inducciones, y las organiza, las infunde el soplo de vida, que en vano se espera del cálculo y la experimentación. La fe es el presentimiento del misterio.

Toda la argumentación, que aduce la filosofía para demostrar que existe una substancia, se puede reducir á esto: El que piensa hoy, pensó ayer, y pensará mañana, y es el mismo que



R. P. FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA

DE LAS ESCUELAS PÍAS

AUTOR DEL *ROMANCERO DE SANTA TERESA*

siente esto, ó desea lo otro. Continuidad de hechos en el tiempo, en el espacio, en la conciencia, fenómenos que aparecen enlazados, unos con otros, y que podemos evocar y reproducir, combinar y modificar de mil modos. Pero nada más. Por muchas vueltas que se le dé, esa serie de hechos no da de sí otra cosa.

Confundir esa fijeza aparente, difusa y como desleída al través de la sucesión ó coexistencia de los fenómenos con una fijeza real, sería un espejismo por el estilo del que nos haría creer fija una catarata de agua, que se está renovando constantemente, pero cuya renovación, por efecto de la rapidez, se escapa á la vista. Es confundir la idea abstracta que nos formamos de la sucesión consciente con la realidad.

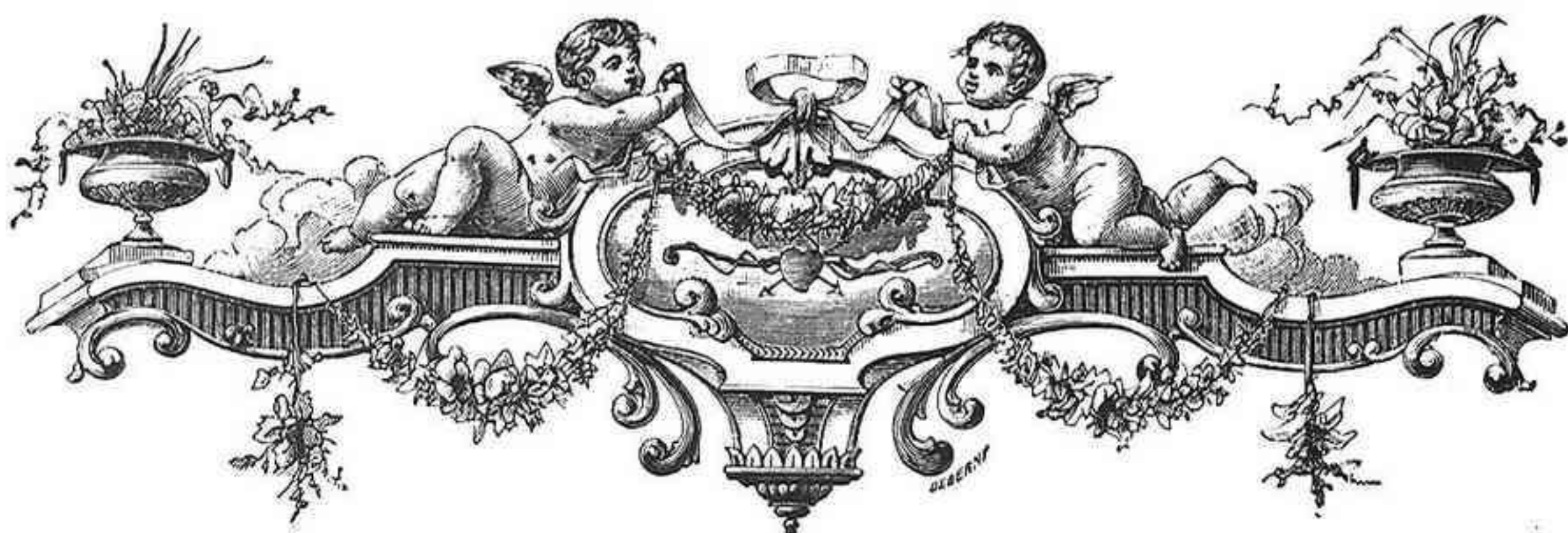
Para que esa demostración fuera verdad, sería necesario que fuésemos capaces de crearnos á nosotros mismos, que estuviera en nuestra mano el medir en toda su profundidad el misterio de nuestra vida, del que no nos es dado percibir sino un ligero vislumbre; sería preciso llegar hasta el primer momento de la actividad, y recorrer con ella luego el ciclo de la realidad. Y eso es el misterio, es la sombra de lo desconocido, eterno imán del pensamiento humano. Las grandes ideas sintéticas que constituyen la filosofía suprema de todas las ciencias, son indemostrables.

Por debajo y por cima de todo lo que sabemos está lo inmenso y lo infinito del misterio, y en ese mar sin fondo han bebido y se han inspirado todos los que han abierto alguna vía practicable al través de esa vida tan hermosa y cruel á la vez.

Nada hay que fortifique tanto el espíritu, como la humildad del saber, porque al conocer sus límites, desee romperlos.

M. S. B.





SANTA TERESA DE JESUS Y EL ROSARIO

Los anales de España son gloriosos, digan lo que quieran ciertos escritores, empeñados en robarnos los puros goces de que disfrutamos cuantos sentimos los estímulos del amor patrio, cuando tornamos los ojos á lo pasado.

Hay, en efecto, en nuestra historia épocas memorables, en las que el nombre de nuestro pueblo se levantó á grande altura, y fuimos los oráculos, á quienes todos escuchaban, y los árbitros de los destinos del mundo, porque nuestro voto de tal modo influía en los consejos de las naciones, que solían inclinarse ante él la cabeza.

Hay, no sólo épocas, sino hechos, hazañas heroicas, envidiadas de los extraños, y que ganaron un día á los españoles la fama de raza privilegiada, pródigamente dotada por la Providencia, que le otorgó prendas no comunes.

Con la gloria de las épocas y con la de los hechos corre parejas la de los hombres, que de tiempo en tiempo han surgido en este suelo de bendiciones, y que han alcanzado celebridad universal, ora por su ingenio, ora por su bravura, ya por su sabiduría, ya por sus virtudes cívicas, y no pocas veces por su santidad.

Ni sólo de haber producido preclaros varones puede envanecerse la tierra de Miguel de Cervantes y Lope de Vega, del Cid y el Gran Capitán, de Melchor Cano y Francisco Suárez,

de Jiménez de Cisneros y el Duque de Alba, de Santo Domingo y San Ignacio de Loyola, sino también de haber engendrado mujeres insignes, dignas de competir con las más famosas de la antigua Roma, y aun con las tan celebradas de la Biblia.

Una de las mujeres españolas que más han enaltecido á nuestro pueblo, es Santa Teresa de Jesús.

Dios anduvo espléndido con ella, concediéndole no vulgares dotes, pues la hizo hermosa de rostro y gentil de cuerpo, la dió raro donaire en la palabra, ingenio vivo y perspicaz, facilidad para manejar la pluma, ánimo varonil para las grandes empresas, corazón tan sensible como generoso, y sobre todo le franqueó su gracia divina con tanta liberalidad, que pudo ser, y fué efectivamente, dechado de almas perfectas.

Nadie, sin duda, que conozca, siquiera someramente, á Teresa, nos acusará de exagerados en lo que afirmamos.

Los retratos que de ella han quedado y las descripciones que de su fisonomía nos ofrecen sus biógrafos, teniendo en cuenta los datos de los contemporáneos, amen de algún que otro rasgo que hallamos en las obras mismas de la Santa, nos hacen juzgar que su belleza era literalmente extraordinaria y su semblante agraciado; y mil anécdotas, que de ella se cuentan, á la vez que sus escritos, y señaladamente sus cartas, donde se expresa con más espontaneidad que en parte alguna, nos demuestran que poseía en alto grado lo que se ha llamado sal ática, lo cual es signo á un tiempo de cabeza bien organizada y de corazón noble, que hasta cuando censura, porque las circunstancias así lo exigen, lo hace poniendo de relieve las ajenas faltas, mas sin herir ni aun lastimar siquiera la piel.

Del talento de Teresa no hay que hablar. Libros numerosos, salidos de su pluma; cartas de consejo á veces, á veces familiares, y en ocasiones de respuesta á graves consultas que se le dirigían aun por doctos personajes y eminentes Prelados; sentencias llenas de profundidad, que brotan naturalmente de su mente y de sus labios, son seguro testimonio de las claras luces que debió al Cielo y que la oración agrandó por maravillosa manera.

Porque es de notar, y en esto, como en todo, se engañan los enemigos de la Religión, que la piedad en vez de matar el

talento, lo ensancha, advirtiéndose, como lo han observado personas á las que nadie tachó jamás de beatas, que los místicos, los hombres de la oración ven lo que no ve la generalidad de los pensadores, y discurren con una precisión, que pasma á los que no están en el secreto de la cosa, y es que los Santos poseen doble cantidad de luz, la natural y la sobrenatural, y que además ejercitándose á toda hora en el estudio de Dios y de sus misterios y del corazón humano y sus abismos, adquieren el hábito de discernir los objetos, de calcular su tamaño, de adivinar su posición, etc.

A eso se debe que Teresa, sin haber frecuentado Colegios, como los en que hoy se educan las señoritas de su alcurnia, y en donde se les suele enseñar hasta la metafísica, razone con tanta lógica, fije con tan maravillosa exactitud los términos de los problemas sobre que ejercita su inteligencia, y resuelva las cuestiones con tan singular acierto, y lo que es más, lo diga todo, usando las fórmulas más adecuadas, señal evidente de que lo entiende á la perfección, según aquel conocido adagio: "Lo que bien se entiende, bien se expresa".

Y por cierto que Teresa no sólo habla claro, sino que habla en castellano y en estilo inimitable, que la hace merecedora de ser contada entre los escritores clásicos de nuestra patria.

En cuanto á lo generoso de su espíritu, lo pregona su entrada en el Convento de la Encarnación de Avila, brillante triunfo alcanzado por aquella mujer insigne sobre la naturaleza, que se le rebelaba violenta, oponiéndose al cumplimiento de su ya conocida y probada vocación. Nada más elocuente que el modo como Teresa misma describe la formidable lucha que hubo de sostener para no volver pié atrás en tan grande ocasión.

Pero esto no fué más que el ensayo de su viril fortaleza, demostrada más tarde en mil maneras, y señaladamente en su Reforma del Carmelo, llevada á término en medio de contradicciones, que habrían obligado á abandonar la empresa á quien no tuviese el temple de alma de los héroes.

Con esto basta para que se adivine que Teresa fué una Santa de primera magnitud. Histórica la ha apellidado alguien

con visible equivocación, que no poco tiene de irreverencia: pues la Iglesia no decreta los honores del culto á personas neuróticas, sino á Santos, que han patentizado en forma fehaciente sus virtudes, ni la abnegación más perfecta, sostenida durante una larga vida; la paciencia invicta en medio de las pruebas más rudas; la obediencia ciega en todo asunto y en toda hora y circunstancia; la caridad fraterna, tolerante, indulgente, benigna, bienhechora; la total entrega de la voluntad á Dios, fueron jamás signos de otra cosa que de una santidad superior.

El mundo cristiano no se ha contentado con llamar á Teresa santa, fundadora, reformadora y no sé cuántas cosas más; la ha apellidado doctora, recogiendo sus palabras, sus máximas y sus sentencias como oráculos venidos del Cielo.

Pues ahora bien ¿qué ha sentido Teresa acerca del Rosario?

Niña era todavía, aún no había muerto su madre, y eso que la perdió muy temprano, y ya se complacía la pequeña Teresa en tomar de entre las manos de aquélla el Rosario, rezando sus Ave-Marías con infantil, pero tierna devoción.

Y esta devoción no se debilitó nunca, ni cuando se entregó á banderas desplegadas á la oración mental, y subió á aquellos altísimos grados de contemplación de que da cuenta en su *Vida*, sin entender lo que significaban, ni cuando el rezo del Oficio divino constituyó una de sus ocupaciones más sabrosas, pues lejos entonces de despreciar el Rosario como propio de gente seglar y sencilla, lo recitaba diariamente con sentimiento de profunda y acendrada piedad, aconsejaba á sus hijas que hiciesen lo propio, y daba á las Carmelitas, como cadena que debían ceñirse, el Rosario mismo.

Teresa, que amaba mucho á los hijos de San Ignacio, cuyas grandes virtudes le dió á conocer Dios en misteriosa visión, amó también singularmente á los alumnos de Domingo de Guzmán; y si la abnegación fué su vínculo de unión con los Jesuitas, el Rosario fué el apretado lazo que á los Dominicos la tenía atada.

¿No se puede, pues, contar á Santa Teresa entre los amantes del Rosario, y entre sus panegiristas y apóstoles?

¿Y los encomios de Santa Teresa no son de singular valía, toda vez que son los encomios de una Santa, que no sabe mentir, sino que siempre dice lo que siente, de una mujer de sublime talento, de una ilustre Doctora?

Formemos, por tanto, del Rosario el concepto que merece, y procuremos rezarlo como lo rezaba Santa Teresa. Así obtendremos, mediante él, beneficios parecidos á los que obtuvo la heroica Reformadora del Carmelo.

(B. E. de Sevilla).





Á SANTA TERESA DE JESÚS (1)

Aún quiero cantarte más
Pues no finan tus hazañas
Que son fuente inagotable
En donde beben las almas.

—
Beba yo, que estoy sediento,
De esas cristalinas aguas
Que saltan de tu sepulcro
En hermosas cataratas.

—
Beba amor y contrición
Y penitencias y lágrimas

Y odio al mundo necio y vano
Y dejación de la fama.

—
Beba espinas que me puncen
Y pobreza y hambre y ansias
De padecer en la tierra
O de alzar á Dios las alas.

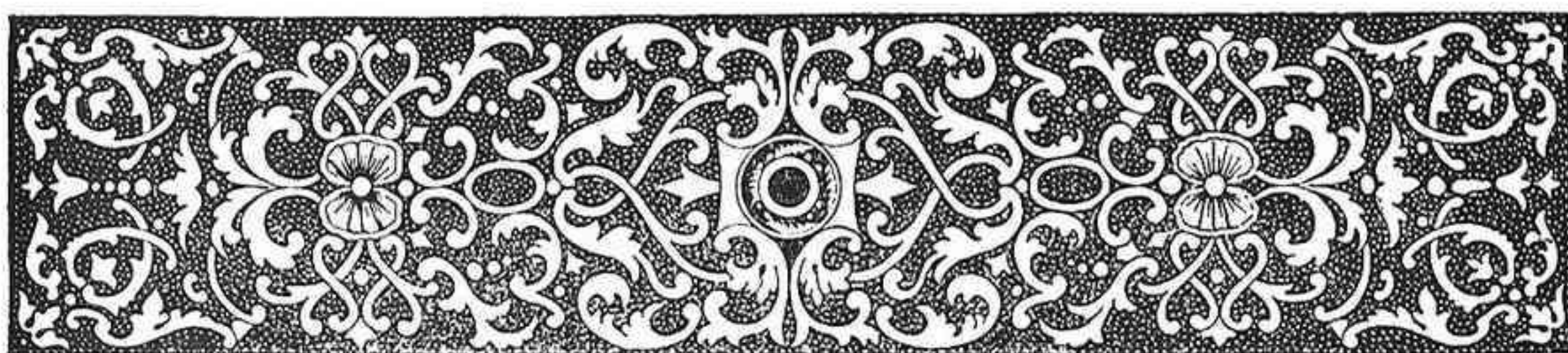
—
Beba tu noble heroísmo
Y tu constancia magnánima
Y beba una vida nueva
Y humilde que empiece en Alba.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

Alba de Tormes, 19 de Octubre 1901.

(1) Esta sentida composición la escribió en el Album que tienen las religiosas Carmelitas de Alba de Tormes, para que los devotos de Santa Teresa dejen los nombres y los recuerdos de su piedad, momentos antes de subir al púlpito, á fin de comenzar la predicación del octavario teresiano, el P. Jiménez Campaña.





LOS CONFESORES DE SANTA TERESA



OR la destreza de los artífices se recomiendan las obras. El Espíritu Santo fué el que principalmente labró el espíritu de Santa Teresa; pero en el orden de la Providencia, Dios quiere que el hombre sea gobernado por el hombre. Á esta ley nadie se sustrae, pues el mismo Vicario de Jesucristo, maestro de los maestros y doctor infalible de toda la Iglesia, en los asuntos de su conciencia ha de sujetarse á un director espiritual.

Los de Santa Teresa fueron los teólogos más ilustres del siglo de oro.

No es fácil enumerarlos ni hacer una biografía de aquellos hombres tan ilustres en ciencia, virtud y discreción de espíritu, pues fueron muchos, ya porque en los quince años últimos de su vida mudaba con frecuencia de lugar, ocupada en fundaciones en diversos puntos de España, ya porque antes de las fundaciones los confesores Religiosos casi todos eran trasladados de lugar por la obediencia. Citaré algunos de los más notables por orden cronológico.

1.º El P. Fr. Vicente Varrón, Dominico. De éste dice la Santa: "Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo.". Dice esto porque la desengañó y la hizo volver al ejercicio de la oración mental, que había omitido por año y medio por una humildad mal entendida, engañada por el demonio, tentación la más peligrosa que tuvo en su vida, dice la Santa. Año 1540 á 1541.

En 1562 se encontró de nuevo la Santa con este Padre en Toledo, y suplicó al Señor con instancia le elevase á gran per-

fección, y lo consiguió, y dice: "De oír aquella lengua divina en que parece hablaba el Espíritu Santo, dióme un gran arrobamiento,,. Véase la *Vida*, cap. XXXIV, números del 4 al 10. Era consultor del Santo Oficio en Toledo.

2.º El P. Juan Padranos, de la Compañía de Jesús. Nació en Logroño y fué insigne operario de la Compañía de Jesús en el colegio de Ávila, y luego en casa profesa de Valladolid, en donde murió á 4 de Enero de 1577. Este confesor, en 1557 tranquilizó á la Santa y aseguró ser espíritu de Dios las grandes mercedes y dones sobrenaturales en que abundaba desde el año 1556.

Algunos hombres muy espirituales consultados por la Santa, entre ellos Francisco Salcedo y Gaspar Daza, opinaron que eran ilusiones diabólicas y que corría gran peligro de ser engañada. La Santa padecía por esta causa terribles angustias de espíritu; pero hizo una confesión general con el Padre Padranos, y asegurada por éste, empezó á volar por el camino de la santidad más sublime. De éste dice la Santa: "En todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo para curar mi alma, según en ella se imprimía. Gran cosa es entender un alma,,.

3.º San Francisco de Borja, Jesuíta. Éste vino á Ávila en el mismo año de 1557, y de nuevo aseguró á la Santa ser espíritu de Dios las maravillas en ella obradas.

Trasladado de Ávila el P. Padranos, dice la Santa que lo sintió mucho, porque "la parecía no ser posible hallar otro como él,,. Fué enviado á Ávila en 1555 por San Francisco de Borja á fundar aquel colegio de San Gil.

4.º En el mismo año de 1557 tomó por confesor otro Padre de la Compañía de Jesús. Se duda si fué el P. Antonio Araoz, pariente de San Ignacio de Loyola, ó el P. Fernando Álvarez.

El P. Antonio Araoz era natural de Vergara, según unos; según otros, de Oñate, y sobrino de San Ignacio de Loyola. Fué el primer jesuíta que se vió en España, y desempeñó en la Compañía los cargos de Provincial, Comisario y Asistente, muriendo en el colegio de Madrid, á 30 de Enero de 1573, muy amado de los Reyes y de la grandeza española por su singular prudencia, afabilidad y acierto en los negocios. El P. Araoz puso á la Madre Teresa en más perfección, instando para que

renunciase á ciertas conversaciones. Ella le decía "que pues no ofendía á Dios con ellas, ¿por qué había de ser desagradecida?," El confesor la dijo que rezase por unos días el himno *Veni Creator*, y estando un día rezándole, la vino un raptó de espíritu, y el Señor la dijo: *Ya no quiero tengas conversación con hombres sino con ángeles*. Fué el primer raptó de su vida.

Desde entonces voló de nuevo á la extraordinaria y sublime santidad.

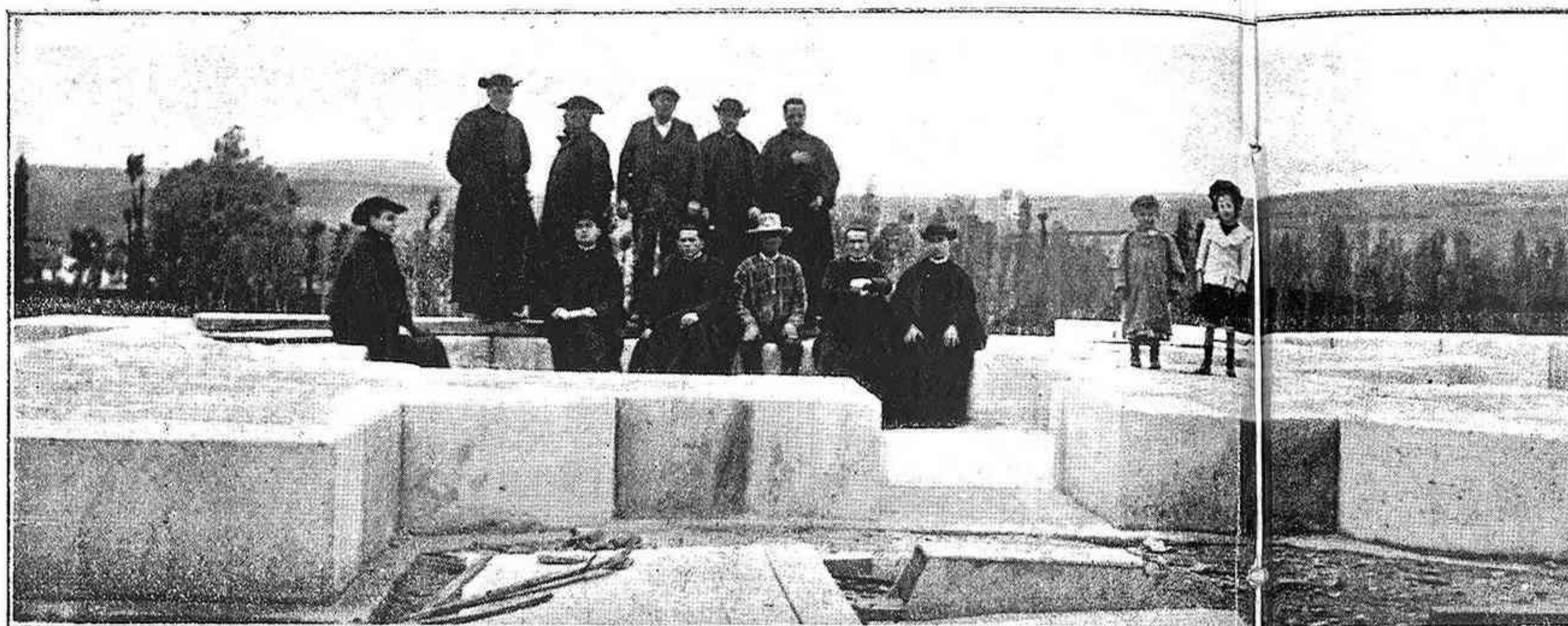
5.º Otro confesor de la Compañía de Jesús, cuyo nombre se ignora, fué la única persona que consoló á la Santa en la terrible tempestad de espíritu que tuvo de mediados de 1557 á ídem de 1559.

En este bienio el Señor la habló muchas veces. Juntáronse seis siervos de Dios, letrados, y todos juzgaron que era el demonio el autor de estas obras extraordinarias. Grandes angustias y tormentos de espíritu atribularon á la bendita Santa. No tenía persona con quien tratar, porque todos eran contra ella. Unos se burlaban, otros decían á su confesor que se guardase de ella: "sólo mi confesor, dice, me consolaba y me decía que aunque fuese demonio, no ofendiendo yo á Dios, no me podía hacer nada,". Y estas angustias la duraron "no sé si dos años," dice.

6.º El P. Baltasar Alvarez, jesuíta. Era ministro en el colegio de San Gil de Avila. La confesó de 1559 á principios de 1566. De éste dice que la mortificaba mucho y afligía, y era el que más la aprovechó. Algunas veces tenía tentaciones de dejarle y entendía luego del Señor que no lo hiciese y una reprehensión, que la deshacía.

De la segunda mitad de 1559 á fin de 1561, tuvo maravillosas visiones, y tantas, que era una casi continua familiar comunicación con el Señor. Tan sublimes mercedes, á pocos santos concedidas, hicieron de nuevo temer á los letrados espirituales. El P. Baltasar Álvarez siempre juzgó en favor de la verdad de estos dones.

La Santa, afligida en extremo, temió que no había de hallar con quien confesarse, y no hacía sino llorar, porque todos huían de ella; pero el P. Álvarez nunca quiso abandonarla, aunque tuvo que padecer mucho por defenderla contra sus



EN LA PRIMERA HILADA DEL ZÓCALO DE LA BASÍLICA

impugnadores. La humildad del P. Álvarez causó á la ilustre penitente hartos trabajos, por no fiarse él algunas veces de su propio juicio, pero siempre la animaba y sosegaba. Por tres años pasaron él y ella grandes trabajos: fueron tantos, que decía la Santa que esta persecución de los siervos de Dios fué el mayor trabajo de su vida. Hubo más de uno que la quisieron conjurar por endemoniada. Otro, que la confesaba algunas veces, cuando el P. Baltasar no podía, la mandó *dar higas* á las visiones. Este de las higas era jesuita, cuyo nombre se ignora.

El P. Baltasar Alvarez murió en Belmonte, en 25 de Julio de 1580. La Santa, al saber la noticia, estuvo llorando más de dos horas, y dijo: "Lloro la pérdida que ha tenido la Iglesia para lo presente y lo futuro con la muerte de tan gran varón". Y estuvo callada más de dos horas, enagenada de los sentidos. Después de muerta apareció á una monja, y la dijo: Ahora en el cielo *profiteor illum et celo*.

7.º San Pedro de Alcántara. Vino á Avila en 1560 y acabó de tranquilizar á la Santa. Habló al P. Baltasar para acabar de asegurarle. "Éste poco había menester", dice la Santa, pues su juicio siempre fué favorable.

En 1559 concibió Santa Teresa el proyecto de la reforma de la Orden del Carmen.

8.º El 1560, el P. Pedro Ibáñez, de la Orden de Santo Domingo, aprobó su espíritu y la ayudó mucho en la reforma del Carmelo. Era lector de Teología en el colegio de Avila, y después Rector del de San Gregorio de Valladolid. Murió Prior en Trianos. Éste la mandó escribir el libro de la *Vida*. La Santa hace el elogio de este Padre en el número 9.º del capítulo XXXVIII de su *Vida*. Tuvo muchos éxtasis y raptos y otros favores singulares del cielo.

Fué á la gloria sin pasar por purgatorio, dice la Santa en una visión que tuvo.

9.º El P. Fr. García de Toledo, de la orden de Santo Domingo, de la casa de los Condes de Oropesa y según otros hermano del Duque de Alba. Marchó después á América. Éste mandó á la Madre



GRUPO DE LA PEREGRINACIÓN DE LA COMUNIDAD Y COLEGIO DE SIERVAS DE SAN JOSE (17 OCTUBRE, 1901)

Teresa, en 1562, escribir la continuación del libro de la *Vida*, desde la fundación inclusive del convento de San José de Ávila, hasta el fin. Algunos opinan que éste fué el Padre, de quien habla la Santa en el cap. XXXIV de su *Vida*, números del 4 al 10, pero es más probable que fuera el P. Vicente Varrón.

10. El P. Gaspar de Salazar, de la Compañía de Jesús, Rector del Colegio de San Gil en Ávila, en 1565. De éste, dice la ilustre penitente:

“Entrando en el confesonario, sentí en mi espíritu un no sé qué, que antes ni después, no me acuerdo con nadie haberlo sentido, porque fué un gozo espiritual y un entender mi alma que aquel alma me había de entender y que conformaba con ella... después he visto que no se engañaba mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho á mi espíritu, porque él hace correr á las almas y no ir paso á paso. Ví ser un alma pura y santa y con un dón particular del Señor para conocer espíritus... La ayudó mucho en el negocio de la fundación del primer convento de la reforma.

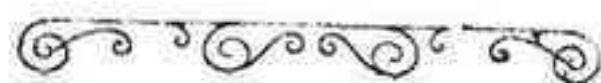
“De él he visto algunas cosas de grandes mercedes que el Señor le hacía, que por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido. Estando yo oyendo misa, ví á Cristo en la cruz, cuando alzaban la hostia, díjome algunas palabras que le dijese de consuelo y otras previniéndole de lo que estaba por venir..... y todo ha pasado como el Señor me lo dijo...”

La Santa se apareció en vida á este confesor, estando distante muchas leguas y entró estando cerrada la habitación.

FERNANDO GARCÍA ESCRIBANO.

Plasencia, Noviembre de 1901.

(Continuará).





DEL PADRE NUESTRO

DOCTRINA DE SANTA TERESA DE JESÚS

Hágase tu voluntad



ORQUE sin dar nuestra voluntad del todo al Señor para que haga en todo lo que nos toca conforme á ella, nunca deja beber desta agua. Esto es contemplación perfecta, lo que dijistes os escribiese; y en esto, como ya tengo escrito, ninguna cosa hacemos de nuestra parte, ni trabajamos, ni negociamos, ni es menester más, porque todo lo demás estorba, é impide, sino decir: *Fiat voluntas tua*; cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad, de todos los modos y maneras que Vos, Señor mío, quisiéredes: si queréis con trabajos, dadme esfuerzo, y vengan: si con persecuciones, y enfermedades, y deshonoras, y necesidades, aquí estoy; no volveré el rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dió en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte, sino que me hagáis Vos merced de darme vuestro Reino, para que yo lo pueda hacer, pues él me lo pidió: disponed en mí en cosa vuestra conforme á vuestra voluntad (1).

El pan nuestro de cada día dánosle hoy

¡Oh Señor Eterno! ¿Cómo aceptáis tal petición? ¿Cómo la consentís? No miréis su amor, que á trueco de hacer cumpli-

(1) *Camino de perfección*, cap. XXXII.

damente vuestra voluntad, y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos. ¿Vuestro es mirar, Señor mío, ya que á vuestro hijo no se le pone cosa delante, porque ha de ser todo nuestro bien á su costa? ¿Por qué calla á todo, y no sabe hablar por sí sino por nosotros? ¿Pues no ha de haber quien hable por este amantísimo Cordero? He mirado yo como en esta petición solo duplica las palabras, porque dice primero, y pide que nos déis este pan cada día, y torna á decir: dánosle hoy, Señor. Es como decirle, que ya una vez nos le dió, que no nos le torne á quitar, hasta que se acabe el mundo, que le deje servir cada día. Esto os enternezca el corazón, hijas mías, para amar á vuestro Esposo, que no hay esclavo que de buena gana diga lo que es, y que el buen Jesús parece se honra dello.

¡Oh Padre Eterno, qué mucho merece esta humildad, con qué tesoro compramos á vuestro Hijo? Venderlo, ya sabemos que por treinta dineros; mas para comprarle no hay precio que baste. Y cómo se hace aquí una cosa con nosotros por la parte que tiene de nuestra naturaleza. Y como Señor de su voluntad lo acuerda á su Padre, que pues es suya, que nos la puede dar; y así dice: Pan nuestro, no hace diferencia de sí á nosotros, mas hácenos á nosotros unos consigo, para que juntando cada día su Majestad nuestra oración con la suya, alcance la nuestra delante de Dios lo que pidiéremos (1).

Libranos, Señor, de todo mal

Los que participan de los regalos de Dios, no es mucho que deseen estar á donde no los gocen á sorbos, y que no quieran estar en vida, á donde tantos embarazos hay para gozar de tanto bien, y que deseen estar á donde no se les ponga el sol de justicia. Haráseles todo oscuro, cuanto acá después ven, y de como viven me espanto. No debe ser con contento, quien ha comenzado á gozar, y le han dado acá prendas de su Reino, á donde no ha de vivir por su voluntad, sino por la del Rey.

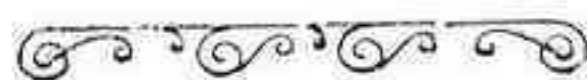
¡Oh cuán otra vida debe ser esta para no desear la muer-

(1) *Camino de perfección*, cap. XXXIII.

te! ¡Cuán diferentemente se inclina aquí nuestra voluntad, á lo que es la voluntad de Dios! Ella quiere que queramos la verdad, nosotros queremos la mentira: quiere que queramos lo eterno, acá nos inclinamos á lo que se acaba: quiere que queramos cosas grandes y subidas; acá queremos bajas y de tierra: querría quisiésemos sólo lo seguro, acá amamos lo dudoso. Que es burla, hijas, sino suplicar á Dios nos libre para siempre de todo mal. Y aunque no vamos con el deseo con tanta perfección, esforcémonos á pedir la petición. ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos á poderoso? Vergüenza sería pedir á un gran Emperador un maravedí. Y para que acertemos, dejemos á su voluntad el dar, pues ya le tenemos dada la nuestra, y sea para siempre santificado su nombre en los cielos, y en la tierra, y en mí sea siempre hecha su voluntad. Amén.

Ahora mirad, hermanas, cómo el Señor me ha quitado de trabajo, enseñando á vosotras, y á mí, el camino que comencé á deciros, dándome á entender lo mucho que pedimos, cuando decimos esta oración evangélica Sea bendito por siempre, que es cierto que jamás vino á mi pensamiento, que había tan grandes secretos en ella, que ya habéis visto que encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio, hasta engolfar Dios el alma, y darla abundantemente á beber de la fuente de agua viva, que estaba al fin del camino: y es así, que salida della, digo desta oración, no sé ya más ir adelante. Parece nos ha querido el Señor dar á entender, hermanas, la gran consolación que está aquí encerrada, y que es gran provecho para las personas que no saben leer, si lo entendiesen por esta oración, podríansacar mucha doctrina, y consolarse en ella(1).

(1) *Camino de perfección*, cap. XLII.





EN VALLESA DE LA GUAREÑA

(NOCHE DE DIFUNTOS)



A tarde habíase pasado en Vallesa de la Guareña, reza que rezarás, y la gente se distribuyó por las casas á cenar el cabrito, ó el tostón, ó las patatas, pero unas ú otras cosas adobadas con esa fruición especial de la noche de difuntos.

Sí; es cierto esto de la *fruición* especialísima de tan hermosa noche; hay algo de ese gusto singular, delicioso, que presta á la comida una noche en que los que vivimos queremos decir: ¡todavía cenamos!... ¡que Dios quiera que no sea esta cena de despedida!...

Y ya de noche, bien entrada, salió hacia el Camposanto una especie de procesión por enseñanza libre, sin director y sin santo...; es decir, yo no sé si habría entre los concurrentes algún bienaventurado.

En el cielo, veíanse brillar las estrellas, pero su brillo no iluminaba la tierra, obscurecida por no sé qué pesadumbres, ó no sé qué obscuridad.

Las mujeres iban delante esclareciendo el campo con la luz de los faroles, que después habían de quedar sobre las sepulturas toda la noche de difuntos.

Llegaron las más impacientes y esperaron junto á la tapia, á que viniera el sacristán, sonando las llaves, llaves que suenan como ningunas otras; no parece sino que, para guardar á los muertos, hasta las llaves quieren quejarse.

Media docena de mozos, embozados en los tapabocas ó en

las mantas, miraban á las mozas y al Camposanto, y tal vez el amor no desperdiciaba la ocasión para germinar junto á la pared de un cementerio, á la luz de los faroles funerales y en plena noche de difuntos... ¡quién sabe dónde el amor coloca sus semillas!

Recordé haber leído que en Suecia los cementerios son lugar de cita para los novios; no diré yo que en Vallesa ocurra lo mismo, ni el sitio tiene atractivos para ello.

La pequeña y desordenada comitiva invadió el triste lugar así que el sacristán destrancó el cerrojo y empujó la puerta; cada cual buscó la tumba conocida: "allí está mi padre... aquí mis hijos... ¡ay, ánimas del purgatorio!...", y cada cual fué dejando el farolillo sobre la losa ó sobre la tierra.

Y la luz de los faroles iluminando un cerco de yerba, ó subiéndolo por la pared para esclarecer una inscripción, cortaba el Camposanto en cuadros, ya vivos ya en penumbra.

Una viuda ó una madre debía de ser aquella mujer que, sola y seria, atizó primero la mecha del farol y quedó luego en pié, quieta y rendida.

No sé si tendrían alguien, entre los muertos, aquellas mozas que estribadas en la puerta, ni entraban ni salían, decían chistes en voz baja y reían á medio tono... ¡la juventud no conoce á los muertos!

—Mira, muchacha, le decían á una, te has equivocado y estás alumbrando á mi prima por alumbrar á tu abuela.

—Corre pa cá el farol, que no se ven ni las ánimas.

.....

Pero allí había una solemnidad tremenda, sobre todos los chistes del mundo.

Los farolillos repartidos, unos aquí, otros más allá, en la misma tierra, sin cintas ni coronas, sin hacheros, sin catafalcos, sin adornos, y las tumbas sencillas, y las cruces desnudas, y aquellas andas que han conducido á los muertos, y aquella tierra blanda, pegajosa, pronta á vomitar calaveras, y piernas, y costillas... era demasiado marco para un cuadro de broma.

Allí estaba la muerte abrazada con la noche, y son ambas cosas para mirarlas despacio.

La muerte pedía oraciones, la noche recogimiento; y en

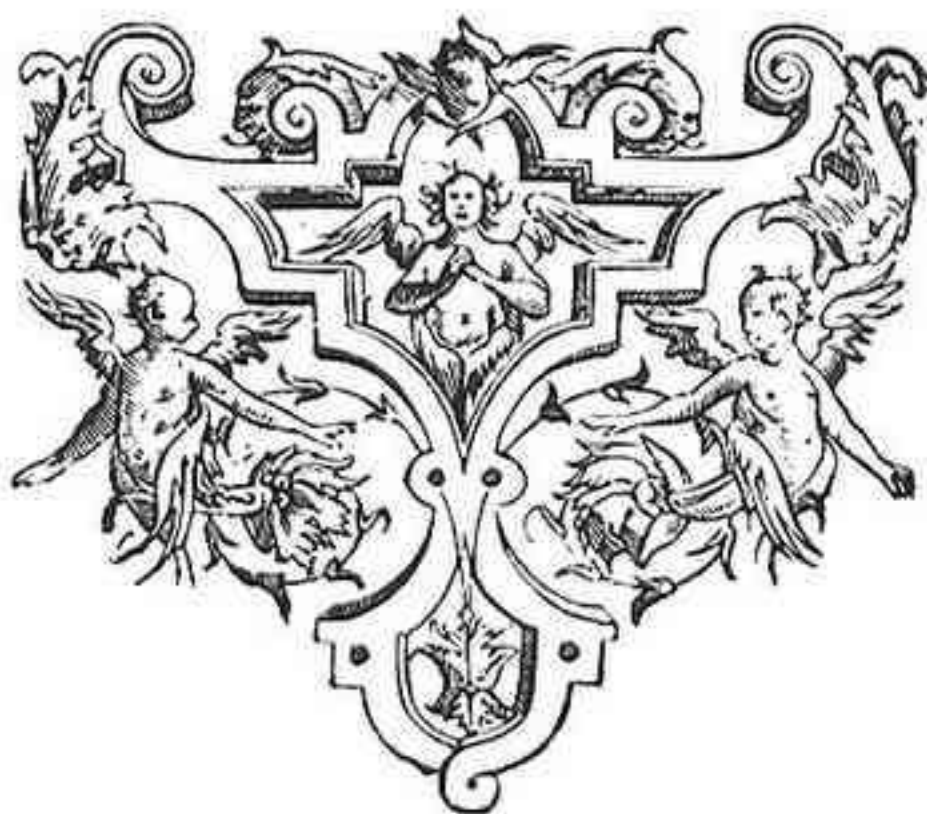
rezar y en callar paramos todos; pero es lo cierto que pronto entran ganas de salir de allí, antes de que los piés se hundan insensiblemente en una fosa.

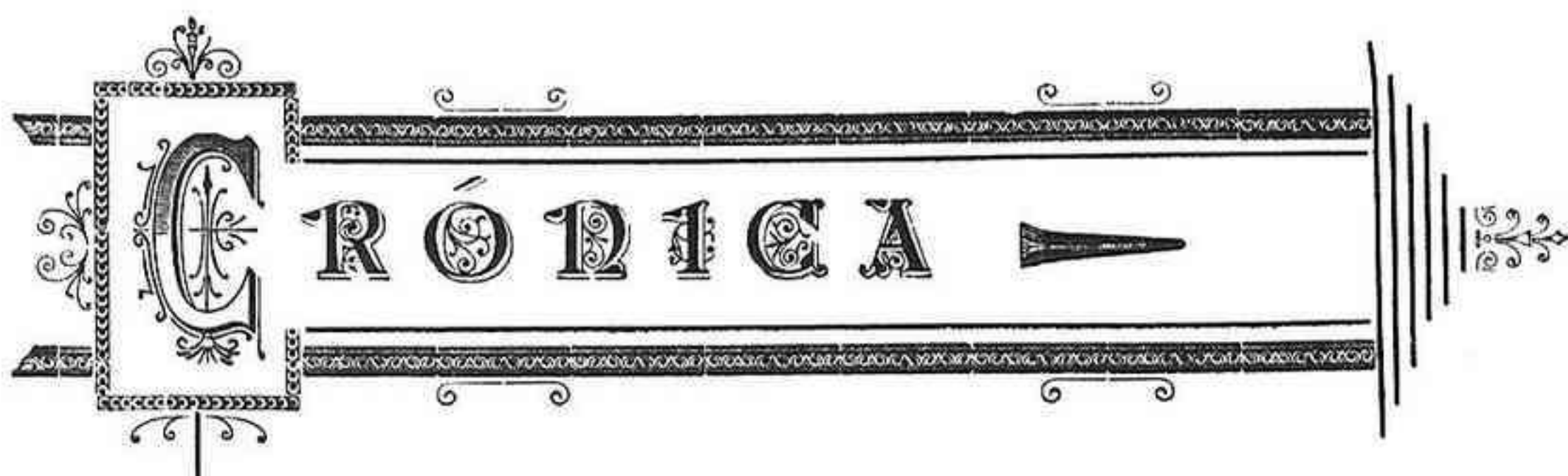
Salimos, pues, del cementerio, y no vimos delante otra cosa que la silueta negra, pesada de un majestuoso nogal, y unos altos negrillos, y allí quedó, saliendo sobre las tapias del Camposanto el resplandor de los faroles, que al reflejar en los árboles más próximos hacía subir en busca de la luz de las estrellas, cierto espíritu, cierta vida, algo que yo no sé decir... ¡ni hay hombre que lo explique!

Era el reflejo de las luces del cementerio, pero del cementerio que quedaba solitario, silencioso... ¡muerto!

Las campanas de la torre de Vallesa y las de Cañizal y las de El Olmo, sonaban, unas ahora, otras luego, á compás ó á destiempo, y venían á decir que también allá abajo había otras manchas de luz que sobre las tapias de otros cementerios juntaban en el obscuro campo, como letras fosfóricas, el cuadro triste de la noche de las ánimas.

MARIANO D. BERRUETA.





Las fiestas de Santa Teresa en Alba.—Las peregrinaciones.—En honor del P. Campaña.

Las fiestas de Alba.—No han cedido en esplendor ni en concurrencia de fieles á las de los años anteriores, las celebradas en el presente durante el octavario de la festividad de Santa Teresa de Jesús.

La solemnidad del día 15 de Octubre fué realzada con la presencia del Prelado salmantino, que ofició la misa de Pontifical, y el concurso de fieles que llenaban totalmente el templo escuchó embelesado el precioso panegírico que de la Santa hizo el inspirado cantor de sus glorias y autor del *Romancero teresiano*, con cuyo retrato honramos estas páginas, el Rvdo. P. Francisco Jiménez Campaña, demostrando que la verdadera sabiduría y la inmortalidad que aquélla conquistó, solamente está reservada á los héroes del cristianismo.

¿Á qué plácemes y alabanzas, por merecidas que éstas sean y que alguno pudiera interpretar por lisonjas, al docto Religioso de las Escuelas Pías? ¿Á qué ponderar aquella su palabra vibrante, persuasiva, dulcemente bañada de la sugestiva elocuencia de la verdad, aquella palabra de nítida transparencia, reveladora de la hermosura de los conceptos hondos que de aquí y de allá, como de campo fértil escogiera con mano experta el orador en las obras de la inmortal seráfica Doctora?

Vino á Alba el enamorado cantor teresiano á entretejer desde la sagrada cátedra, durante el octavario, otra nueva corona de cariño para dejarla depositada en el sepulcro de Teresa de Jesús. Allí quedó esa corona del humilde Escolapio. Y la fragancia de sus flores, flores del alma devota, no se marchitará jamás.

Las enhorabuenas, pues, se las reservamos á la Hermandad teresiana por el feliz acuerdo de invitar á predicar los sermones de las fiestas de Alba al insigne P. Campaña, y á las religiosas Carmelitas por el exquisito fervor que han desplegado en esta ocasión, como siempre, para honrar cumplidamente á su bendita Madre.

Las procesiones, magníficas, y nutrida la concurrencia de fieles á las fiestas del octavario, principalmente sacerdotes extradiocesanos. Pero entendemos que se prestaría más atractivo á estas festividades si se adelantasen al día de la Santa, terminando el 15 de Octubre, ya que se viene observando que en esta región cambia bruscamente el tiempo pasada la primera quincena de aquel mes. Por esta misma razón, y otras que nos reservamos exponer, quisiéramos

que la Hermandad teresiana de Alba meditase en la conveniencia de anticipar las susodichas fiestas.

Así se ha hecho también este año en Ávila.

*
* *

Las peregrinaciones.—Mucho interés y vida dan á las fiestas teresianas de Alba las peregrinaciones al sepulcro de nuestra gran Santa. Tres peregrinaciones principales se han realizado en el presente año y cada una de ellas merece párrafo separado.

La peregrinación de las Siervas de San José.—La hicieron en cumplimiento de promesa ofrecida y por gratitud á Santa Teresa, bajo cuyo valimiento tenían puesta la aprobación que Su Santidad acaba de dar al Instituto josefino de Salamanca.

Al efecto, toda la comunidad y las niñas que se educan en el colegio de las josefinas, pasaron á Alba el 17 de Octubre, en la madrugada.

Á poco de llegar recibieron la sagrada comunión de manos del Excelentísimo señor Obispo de la diócesis.

Ofició la misa solemne el M. I. Sr. D. Nicolás Pereira, asistido de los señores Penitenciario y Doctoral de esta Catedral.

Las religiosas peregrinas, encargadas de la parte musical, cumplieron su cometido acabada y brillantemente.

Del sermón estaba encargado el Dr. D. José de la Mano, profesor del colegio de Calatrava.

Santa Teresa de Jesús puede y quiere interceder por el Instituto de las Siervas de San José, fué el tema oportunísimo que magistralmente desarrolló el orador.

Sin decaer un punto ni en la solidez y galanura de los conceptos, ni en la elegancia y sobria brillantez del estilo, probó el señor de la Mano la tesis propuesta, ora acudiendo á la vida de Santa Teresa, ora estudiando los fines del Instituto josefino y derramando siempre y sin tasa copioso reguero de afectos encendidos en amor á la Santa.

La peregrinación asistió también á los cultos teresianos de la tarde sumándose á la escogida capilla de música de Alba los Sres. Larrarte y Pérez Patón, contralto y sochantre de la Catedral salmantina, quienes contribuyeron con sus hermosas voces á la mayor solemnidad y pompa de la fiesta.

Después de la solemne reserva que hicieron los Sres. Capitulares mencionados, subió al púlpito, como en días anteriores, el R. P. Jiménez Campaña.

Versó su hermosa oración sobre la virtud de la castidad, y supo tratar tan delicado asunto con tal originalidad y delicadeza, que cuantos elogios se han tributado á su elocuencia, con ser muchos, nos parecen pocos.

Terminados los cultos del octavario, regresó á Salamanca en el tren de la noche la simpática peregrinación.

Las religiosas y su colegio, con las personas que se unieron á la peregrinación, visitaron también las obras de la basílica, en donde el encargado de las mismas, Sr. Corchón, sacó la fotografía del grupo que figura en uno de los grabados de este número.

La del Arciprestazgo de la Ribera.—La peregrinación de la Ribera, apesar de lo desapacible del tiempo y de la distancia del Arciprestazgo, ha correspondido con creces al llamamiento del Excmo. Prelado, asistiendo numerosos peregrinos á Alba de Tormes, siendo de admirar que muchos de ellos hicieron su viaje (18 leguas) á pie, y otros en detestables vehículos. Pero las almas generosas y esforzadas no hallan obstáculos que gozosas no superen ¡Cómo nos trae este ejemplo á la memoria los viajes y las peregrinaciones fatigosas de la incansable monja andariega!

Fué recibida la peregrinación por las teresianas y clero de Alba, con el señor Obispo á la cabeza, quien al llegar á la Basílica les dirigió palabras de aliento, como asimismo el Canónigo de Salamanca Sr. Pereira, terminando el acto con la bendición de Su Excelencia Ilustrísima.

El viernes, día 18, recibieron los peregrinos la comunión de manos del Prelado, y á las nueve y media dió comienzo la fiesta, en la que predicó un sermón notable, alusivo al acto, el párroco de la Peña.

Por la tarde los peregrinos regresaron á sus pueblos, llenos de santa alegría, después de haber causado edificación en todos los que les contemplaron en Alba, por su fervor y su entusiasmo.

La de los Terciarios Franciscanos de Salamanca.—La peregrinación de los Terciarios de San Francisco, salió de Salamanca el domingo, infraoctava de la Santa, á las cinco y tres cuartos de la mañana.

Al llegar á la estación de Alba se dieron vivas á Santa Teresa y á San Francisco de Asís, contestados con entusiasmo.

En el puente esperaban los Terciarios de Alba á sus hermanos de Salamanca, con estandartes é insignias de la orden.

Gran número de curiosos presenció el desfile de los peregrinos hasta la iglesia de las MM. Carmelitas, donde celebró la misa de comunión el reverendo P. Guernica, Guardián de los Religiosos Capuchinos, organizadores de la peregrinación, llegándose en el momento oportuno á la mesa eucarística 250 peregrinos.

La misa empezó á la hora anunciada.

El R. P. Jiménez Campaña pronunció una bella oración sobre la caridad cristiana, haciendo resaltar esta virtud en la vida de Santa Teresa y aplicándola á las condiciones de los tiempos presentes.

Fué muy hermosa la procesión de la tarde, desde las MM. Isabeles á la iglesia de Santa Teresa.

Al llegar al templo, el P. Guernica hizo la exposición de Su Divina Majestad, se rezó el santo rosario, se cantó la letanía, se practicó el ejercicio de la novena y pronunció el R. P. Guardián de los Capuchinos de Salamanca un sermón oportuno por la materia y notable por la forma.

Habló del gran combate en que todos somos soldados de Cristo; de la gran conjuración contra los discípulos de Jesús de Teresa, á la que presentó como la virgen denodada en quien todos debíamos aprender el arte de combatir y de vencer. A aprender ese arte—decía el P. Guernica—hemos venido á los piés

de la gran Santa castellana. Animó á los Terceros con palabras de Leon XIII. Y concluyó con una plegaria á la Santa, á la que llamaba su madre.

Asistido del R. P. Antonio de Castillo y del P. José de Solorzano, hizo la reserva el mismo P. Guernica y dió la bendición con el Santísimo.

Inmediatamente se encaminaron los peregrinos á la estación, dando vivas á Santa Teresa, á San Francisco, á la religión y á la patria.

Los Terciarios Franciscanos de Alba se asociaron á la peregrinación, de gratísimos recuerdos, de sus hermanos de Salamanca.

*
* *

En honor del P. Jiménez Campaña.—En el Círculo de Obreros de Salamanca, celebróse en la noche del 22 de Octubre una solemnidad literaria y artística, dedicada al exímio cantor teresiano, la cual resultó verdaderamente brillante.

¡Lástima—exclama nuestro querido compañero *El Lábaro*, al reseñar la velada—que los *clichés* periodísticos hayan aplicado tanto aquel calificativo, que ya no se sabe cómo ponderar una fiesta realmente agradable y simpática!

En la de que hablamos, un público selecto que sin cesar premió con espontáneos aplausos la labor literaria y artística de los que tomaron parte en ella, puede decir por nosotros si vale la pena de elogiar lo que le gustó tanto.

Muy bien ejecutaron los Sres. Larrarte y García, al piano, el gran galop de concierto de Ganz ¡*Viva España!*

Y siguió la lectura por D. Mariano D. Berrueta, de su trabajo *El alma charra*.

En el distinguido y cultísimo público que llenaba el salón del Círculo de Obreros, *El alma charra* impresionó vivamente. El estudio de observación, el cuadro vivo, llevó tras de sí la atención constante, el aplauso de entusiasmo que ganan siempre las obras inspiradas; y el fallo unánime se pronunció anoche calificando *El alma charra* de obra maestra en la literatura regional.

De gran atractivo era también en el programa de la velada, la poesía de Galán *El Cristo benditu*, canción del alma, llena de belleza, de ternura, de expresión.

En ella se reveló ya el genio de nuestro poeta, entrando con señorío por los dominios del arte.

Está escrita en dialecto extremeño, con tanta dulzura como nervio:

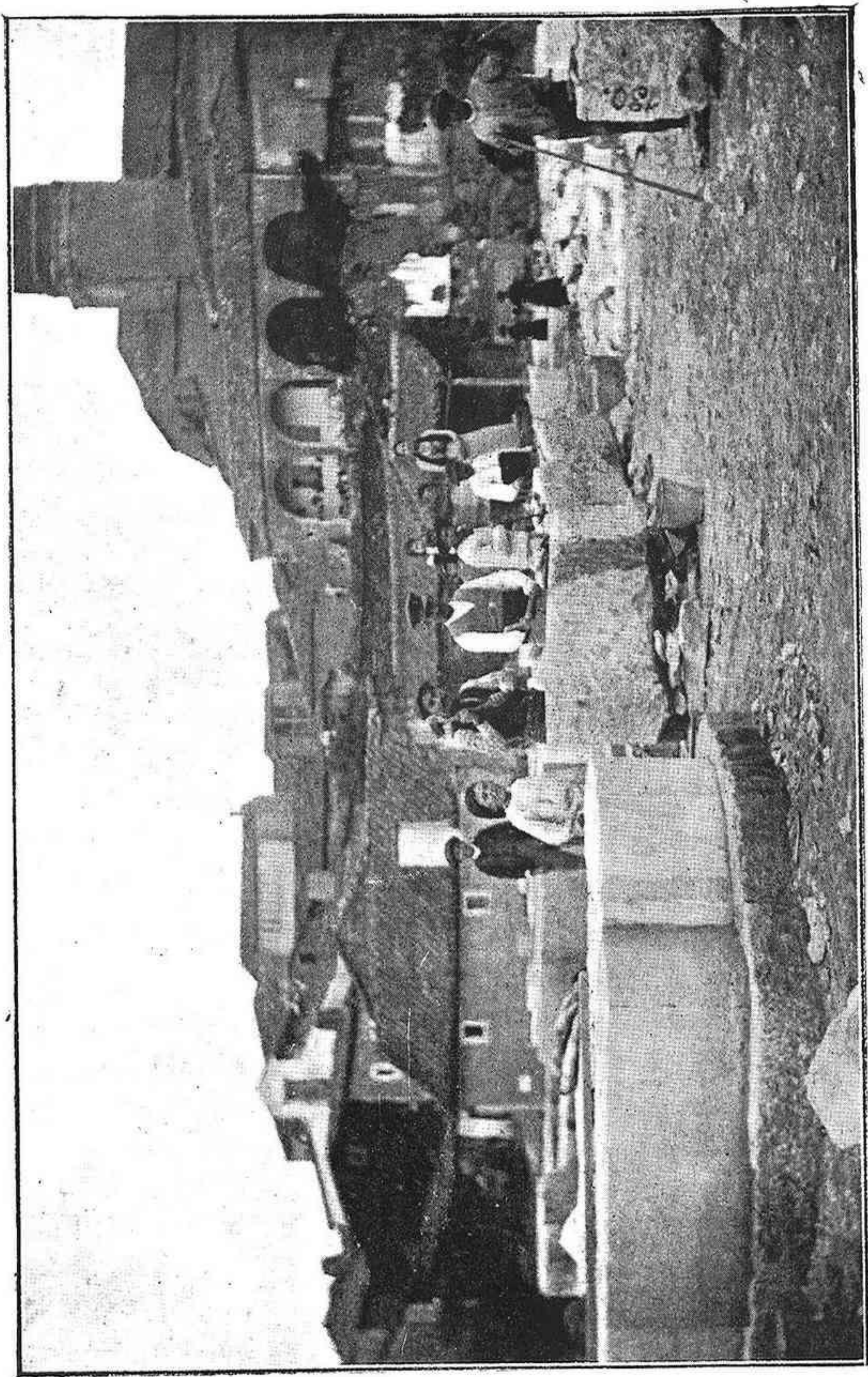
¡Qué güenu es el Cristo
di la ermita aquella!

Así lo canta el poeta, sabiendo decir cómo el alma se presenta con la pena que la ahoga ante el Cristo para que se la quite:

Jalo asini, qui yo ti prometu
jazelme bien güenu pa que tú me quieras.

Y el Cristo

Pa jacel más alegri mi vida
no me dió dinerus ni me dió jacienda,



GRUPO DE OBREROS TRABAJANDO EN LAS OBRAS DE LA BASÍLICA

porque ice la genti que sabe
 que la icha no está en la riqueza,

 ¡Pá las cosas que son di fanfarria
 no da nada el Cristu de la ermita aquella!

Fué leída con sentimiento y reflejando el espíritu que la anima, por D. Bal-domero G. Galán, que también es poeta, y de vuelos, mostrándolo en su amena composición *El cazador*.

El Sr. Calvo dió á conocer algo de un interesante estudio suyo sobre la Universidad.

Fué nueva y gallarda muestra del talento del autor.

Don Ramón Barco, que sabe leer, dijo con admirable declamación la poesía *El ama*, de Galán, publicada ya en esta Revista, y otra sentida y brillante de D. Cándido R. Pinilla.

Larrarte cantó la romanza de tenor de Pietro Milani, *Mi patria*, y lo hizo luciendo su hermosa voz, emitida con maestría. Y el Sr. Corbo hizo gala de su robusta voz de tenor en la serenata de Shubert.

Los obreros del Círculo cooperaron á la velada con la parte que tomó el orfeón, que ya goza de nombradía bien labrada.

El amanecer, de Eslava, lo interpretó el orfeón con gran afinación, y estuvo á buena altura en *La aurora*, de Reventós, y en *Al festín*, de Retana.

El M. I. Sr. Deán de la Catedral, al final de la primera parte, por encargo del Sr. Obispo que estaba fuera de Salamanca, hizo la presentación del Padre Campaña, distinguido literato, á quien se dedicaba la velada.

El notable cantor teresiano, se levantó y como gratitud á Salamanca, leyó con magistral entonación la siguiente poesía:

A SALAMANCA

Dios te salve, Salamanca,
 La arrullada por el Tormes,
 Alto nido de los genios
 Y Alhambra de los doctores.
 Dios te salve, augusta Roma,
 Que tienes por semidioses
 Héroe en la ciencia grandes,
 Tulios en las letras nobles.
 Como tu vida es de siglos,
 Tienes de piedras las flores,
 Que no marchitan los tiempos,
 Ni tronchan los aquilones.
 Por eso tus catedrales,
 Cuajadas de sus labores,
 Despiden ricos aromas
 Que el olfato no conoce,

Pues son aromas del alma
 Que hacen día de su noche,
 Paraíso del destierro
 Y dichas de sus dolores.
 Dios te salve, sabia Atenas,
 Donde aún vive Aristóteles
 Y argumentan en los pórticos
 Pitágoras y Platones,
 Y donde al són del murmullo
 Del claro y sonante Tormes
 Aún Píndaro canta y ruge
 Y se ríe Anacreonte.
 Dios te salve, luz de España,
 Que mandas tus resplandores
 Por toda la tierra ibera,
 En donde el sol no se pone;

Con Deza á mundos ignotos
 Que el *mar tenebroso* esconde,
 Á Trento con Melchor Cano,
 Con Juan de Sahagún al orbe,
 Y con Fray Luís de Leon
 Entre regaladas voces
 Al Parnaso donde huyen
 Musas y cobardes dioses.
 Dios te salve, Salamanca,
 Dios te pague los honores
 Con que al vate teresiano
 Brindan tus instintos nobles.
 Mis pobres versos no tienen
 Perfume que los arome
 Y sólo alientan la vida,
 Que Teresa da en su nombre,
 Que es arroyo que florece
 La vega por donde corre

Y cubre de hojas los árboles
 Donde anidan ruiseñores.
 Haga Dios que en la Basilica,
 Que á despecho de los hombres
 En Alba ya se levanta
 Por hidalgos corazones
 Al Corazón de Teresa,
 Que es raudal de verdes brotes
 Y cámara de milagros
 Y nido de santos goces,
 Pueda yo lleno de canas
 Y aún de amargos sinsabores,
 Ya concluídas sus cúpulas
 Y al viento erguidas sus torres,
 Caer contigo de hinojos
 Del sepulcro santo al borde
 Y cantar allí el postrero
 De mis romances de amores.

Después de esta aplaudidísima composición, recitó el autor del *Romancero teresiano* otras dos poesías: una el romance *En la escalera del convento*, ya publicado en esta Revista, y otra tiernísima, dedicada á la Virgen de las Angustias, Patrona de los granadinos. Repitiéronse á la terminación los aplausos, por parte del público, que admiró las privilegiadas dotes del P. Campaña.

Ocuparon la presidencia los Sres. Campaña, García Repila, Pereira, Unamuno y el Presidente del Círculo, Sr. Montero. Viéndose el amplio salón del Círculo de Obreros completamente ocupado por lo más distinguido en las diferentes clases sociales de nuestra población.

El periódico antes citado, recogiendo las impresiones palpitantes de los que asistieron á la velada, declara que hace mucho tiempo no presenciaba Salamanca una sesión literaria tan hermosa, tan realmente artística y tan notablemente culta como la que aquella noche ofreció el floreciente Círculo de Obreros.

No era aquello una de esas sesiones de aficionados, en que cada cual hace lo que puede, era un verdadero palenque del arte salmantino, en que se ofreció al auditorio, selecto y numerosísimo, un programa variado, escogido, una muestra de este florecimiento de las letras y de las artes en Salamanca.

Cierto que es magnífico presenciar un acto de esta especie en que se enlazan diestramente, en el hogar de los obreros, los primores del arte y los effluvios de la inteligencia.

*
* *

Huésped ilustre.—El día 12 de este mes llegó á Salamanca, hospedándose en casa de nuestro querido compañero de redacción D. José de la Mano, el Ilustrísimo Sr. D. Manuel Santander, Obispo que fué de la Habana.

Después de visitar los monumentos de esta ciudad y de recibir los saludos respetuosos de los muchos amigos que en ella tiene aquel Rmo. Prelado, marchó á Alba, con el fin de venerar las reliquias de Santa Teresa, á quien profesaba ardentísima devoción, y celebrar la santa misa ante su sepulcro glorioso.

DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASÍLICA DE ALBA DE TORMES

	<i>Pesetas Céts.</i>	
Recibido de las MM. Carmelitas de Alba de Tormes....	5	"
" " " de Granada.....	2	50
" de un devoto.....	1	"
" de D. ^a Valentina Aguilera (Madrid), como camarera, por el año de 1901....	60	"
" de D. ^a Laura Blázquez (Madrid), como camarera, por el año de 1901.....	60	"
" por coros de Mogarraz.....	33	15
" de D. Félix Landa, Delegado de Vitoria.....	2	"
" de las Siervas de San José de Salamanca.....	100	"
" de un Sr. Prebendado de la Catedral de Zamora.....	100	"
" de la Srta. D. ^a Justa Díaz de Moreno (de Navarra)..	18	"
Entregado por D. Tomás Redondo, por los conceptos siguientes, según notas:		
De la señora Condesa, viuda de Torreanaz....	200	"
De las MM. Carmelitas de Alba de Tormes.....	5	"
De las " " de Granada.....	2	50
De Schneider Jos (Mundenkeim, Alemania), 10 marcos, equiva- lentes á pesetas.....	12	50
De J. M. R., devoto de Santa Teresa y San Juan de Sahagún.	250	"
Recibido de D. Manuel Navarro, Delegado de Plasencia, por donativos.....	67	"
" de D. E. H. G. (de Málaga), en cumplimiento de pro- mesa á Santa Teresa.....	250	"
" de D. Juan Antonio Molina, Cura párroco de Guardia, de la diócesis de Barbastro.	25	"
" del señor Cura párroco de Sando.....	5	75
" de D. ^a Pilar Martín (de Encinas de Abajo), por sí y por su coro.....	10	"
" del Rvdo. P. Prior del Carmen, de Burgos, por la sus- cripción popular de las Teresianas de Burgos.....	115	"
" de D. Pedro Barba, Delegado de Santander, su dona- tivo.....	12	"
Recogido en los cepillos de la iglesia de las MM. Carmelitas de Alba de Tormes, 59 pesetas, mas una moneda de plata de dos francos.....	61	"
Recibido de D. Adrián Santos, párroco de Mata de Armuña, por su donativo.....	5	"
" de un devoto de Cantalapiedra.....	"	50
" de D. Domingo Hernández, médico de Blascomillán..	10	"
" de D. ^a Engracia Pérez Tabernero (de Continos), por su coro.....	60	"

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de L. Rodríguez.

IMPRENTA DE CALATRAVA

Á CARGO DE LEOPOLDO RODRÍGUEZ

Plazuela de Carvajal, núm 5

La Basílica Teresiana

El Lábaro

Diario independiente

La Semana Católica

Revista religiosa

Boletín Eclesiástico del Obispado

Libros de propaganda
católica

Reglamentos para Cofradías

Carteles de lujo para fiestas
de iglesia

Periódicos ilustrados

Obras del Excmo. é ilustrí-
simo Sr. Obispo de Sala-
manca.

Obras latinas de Fr. Luis
de Leon.

Obras del Beato Alonso de
Orozco.

Impresión de obras cienti-
ficas y literarias.

LA BASÍLICA TERESIANA

Con licencia eclesiástica

REVISTA MENSUAL CONSAGRADA Á FOMENTAR LA DEVOCIÓN

Á SANTA TERESA DE JESÚS

Y PROPAGAR EL PENSAMIENTO DEL NUEVO GRANDIOSO TEMPLO, QUE SE ALZARÁ
EN ALBA DE TORMES, DONDE SE VENERAN EL CUERPO INCORRUPTO
Y EL TRANSVERBERADO CORAZÓN DEL SERAFÍN DEL CARMELO

Se publica el día 15 de cada mes.

Cada número constará de 32 páginas, impresas en papel de las mismas condiciones materiales y tipográficas que el presente, é irá ilustrado con magníficos grabados y elegante cubierta.

El precio de subscripción será el de 10 pesetas anuales y los productos líquidos se destinarán á las obras del nuevo Templo en Alba de Tormes.

Las subscripciones en la capital, pueden hacerse: en la Imprenta de Calatrava ó en las Oficinas del Palacio Episcopal. Fuera de Salamanca recibirán encargos de subscripciones todos los Sres. Delegados diocesanos, cuyos nombres damos á cono- cer; y en el extranjero las Comunidades de Carmelitas, donde las hubiere.

En Madrid, se reciben también subscripciones en las librerías de
Don Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2

- » Nicolás Moya, Carretas, 8
- » Gregorio del Amo, Paz, 6.
- » Enrique Hernández, Paz, 6.